

NINA
MELERO
Archipiélago

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Nina Melero
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S.A.)
Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.contraluzeditorial.com

ISBN: 978-84-18945-
Depósito legal: M. xx.xxx-2021
Printed in Spain

Primera parte

No es un cuchillo normal. Tiene los filos asimétricos, curvos como lomos de serpiente; y su superficie, que no acaba de reflejar la luz, posee una opaca prestancia de piedra prehistórica.

Siempre es totalmente plano y tiene una longitud calculada con precisión. Todas y cada una de sus características han sido desarrolladas durante siglos en el archipiélago malayo para desempeñar una única función: penetrar silenciosamente sobre la última costilla y ensartar, con un solo movimiento, hígado, pulmón y corazón.

Entrar por la derecha: desde atrás. Apuntar alto. Esas son las únicas instrucciones necesarias. Después, hay que retirar el cuchillo del cuerpo ya vencido. Un simple giro de muñeca coloca su filo bruscamente en vertical, provocando que, al salir por donde ha entrado, el pico que tiene junto a la empuñadura fracture el hueso de la costilla. La costilla rota es un toque final sin demasiada importancia: su dueño, al fin y al cabo, ya no la va a echar mucho de menos.

Había sido el filo de aquel cuchillo, el *kris*, lo que tantas veces se había interpuesto en el camino de portugueses, holandeses y británicos; de cualquier invasor que se atreviera, por las buenas o por las malas, a intentar apoderarse de alguna de las

hermosas y terribles islas de este mar hirviente que los chinos siguen llamando «Nán Yáng»: el Mar del Sur.

Durante siglos, el *kris* y su leyenda han conseguido cortar el paso a todos los tipos posibles de piratas y ladrones, manteniéndolos a raya. Bueno, no era solo el cuchillo. También estaban los tigres. Y la selva. Y el calor.

Este calor.

1

La Perla de Oriente

Una gota de sudor resbala blandamente sobre sus vértebras, deslizándose bajo la ropa hasta llegar al hueco entre las nalgas. No es la única. Otras muchas la acompañan rodando cuello abajo, acumulándose bajo el pecho, en el ombligo, entre las piernas. Después de esperar solo cinco minutos a la salida del aeropuerto, el sudor le cubre ya toda la piel con su pegajosa pátina; y la blusa se ha convertido en un pesadísimo tejido que se adhiere viscosamente al cuerpo en los lugares más inapropiados.

Mientras espera un taxi que la saque al fin de aquel infierno, Sofía se da cuenta de que no contaba con esto. Maquillaje corrido, ropa empapada, pelo fosco, pies cocidos, aromas intensos... Pasados los treinta grados y con un 85% de humedad, es todo un reto seguir pareciendo una dama.

Lo que más la asusta es que ni siquiera hace sol: ¿qué sucederá, entonces, cuando se retire la misericordiosa capa de nubes que de sus rayos ahora la protege? Morirá, está segura. Pero no le importa. Se imagina el mármol fresco de su tumba como un consuelo divino. Está delirando. Mucho. Le falta el aire. El taxista le grita que suba de una vez. Sofía se recompone el moño churretoso y se monta por fin en la carroza salvadora: un R12 que, como ella, ya hace tiempo que dejó atrás la treintena...

El taxista es un hombre chino de edad muy avanzada; lo cierto es que asusta un poco ver sus manos temblorosas a cargo del volante. Sofia le enseña la dirección a la que quiere ir escrita en una tarjeta, para evitar confusiones. Es un hotel en el centro de Singapur. Después de examinar detenidamente la tarjeta, el hombre le dedica una sonrisa peculiar, que combina aprobación y complacencia; y vuelve a colocar las manos sobre el volante. Ambos pulgares permanecen alzados, sin doblarse: se lo impiden las uñas larguísimas que los rematan, amarillentas y opacas como los dientes de un roedor.

De camino al hotel, él le habla en tono animado, dirigiéndole miradas amables a través del retrovisor. Al principio Sofia cree que el hombre le está hablando en algún idioma que no entiende, de modo que se limita a sonreír educadamente. Después de varios kilómetros, sin embargo, empieza a acostumbrarse y se da cuenta de que, en realidad, él le está hablando en inglés... Bueno, en algún tipo de inglés, *su* inglés. Y no solo le habla: la está interrogando. Quiere saber cuántos años tiene y si está casada; y, si lo está, por qué viaja sola; y, si no lo está, cómo es posible que una mujer de esa edad no tenga marido, y que si quiere conocer a un nieto suyo, muy simpático y bien dispuesto; y que si esta es su primera visita a Singapur, y que si en su país los taxistas ganan más dinero que aquí, porque él tiene dos trabajos y a su edad ya está muy cansado, y que ella debe de tener mucho dinero para poder viajar desde un lugar que está así de lejos y encima poder alojarse en aquel hotel tan bonito.

Sí que era bonito, sí.

Detrás de los cristales del coche, el Raffles surge como un espejismo entre la bruma caliente que levita sobre el asfalto.

Allí, protegido del fragor de las autopistas que lo rodean, entre rascacielos de treinta plantas que reflejan en sus cristales

miles de soles asesinos, se oculta un oasis de verde frescura: un refugio custodiado por columnas de mármol y palmeras gigantescas.

Es la misma, idéntica visión que miles de viajeros llevaban teniendo desde 1880, cuando, con las piernas temblorosas después de una travesía de meses en alta mar, los oídos saturados del griterío multilingüe del puerto y la aparatosa ropa europea empapada y adherida al cuerpo como una mortaja, vislumbraban al fin la blancura del hotel, geométrica, perfecta. Desde la litera, arrastrada a trompicones por un *coolie* de pies mugrientos, muchos se restregaban los ojos, incrédulos. Entonces, ¿era posible escapar del barullo de los cuerpos, de la pestilencia de aquellas extrañas frutas callejeras, del calor que todo lo pudre? ¿Era real aquel edificio de familiares perfiles, aquella promesa de retorno a la compostura y el orden; o, lo que es lo mismo, a la civilización perdida? ¿Podía uno arrepentirse y volver a casa? Probablemente, no. Pero al menos les quedaba el Hotel Raffles.

En cuanto lo vio, Sofia pensó que estaba más que justificado aquel título de «Perla de Oriente» que le daban los viajeros de la época colonial, mucho antes de que otros lugares de Asia reclamaran para sí ese nombre.

Ella no llega en ninguna litera propulsada por tracción humana, ni acaba de saltar a tierra después de semanas en un vapor, pero la impresión que el hotel produce sigue siendo la misma. Se alegra mucho de haber llegado y siente una especie de euforia, como si regresara por fin... A pesar de no haber estado nunca allí. Al bajarse del taxi, tiene ganas de correr hacia la entrada del hotel, refugiarse en los frescos soportales y beberse hasta la última gota de aquella fuentecita del jardín, amorrándose a los grifos labrados con desesperada fruición si nadie llega a tiempo para impedirselo.

Gracias a Dios, el portero del hotel le corta el paso y se impone la cordura.

Es un hombre indio de casi dos metros de altura, con un turbante de guerrero *sij* y un uniforme militar blanco imponente.

—Señora, ¿se encuentra bien? —le dice él, abriendo un paraguas sobre su cabeza.

Vaya, ha empezado a llover. Ni siquiera se había dado cuenta. Es extraño: ahora hace todavía más calor que antes.

Sofía se deja acompañar al interior del hotel; y, una vez traspasados los arcos blancos que dan paso al Raffles, enseguida empieza a sentirse mejor. Los ventiladores y el agua —casi un cubo, se bebe; jadeando como un perro en los elegantísimos lavabos— la ayudan a recuperarse un poco del mazazo inesperado. Jamás pensó que el simple calor —y, además, sin sol ninguno— pudiera aplastarte los huesos con una fuerza semejante. ¿Cómo era posible sentirse así a solo treinta grados de temperatura? Y ella precisamente, que conocía de sobra los rigores del verano patrio... Este calor, sin embargo, era distinto. Atacaba a traición y golpeaba astillando, como un hacha roma.

En la recepción, el empleado le pide el pasaporte y toma nota de todos sus datos. Al ver de dónde procede la mujer, se la queda mirando un momento y luego dirige la vista hacia otro cliente que espera junto a ella en el mostrador. Después, con una sonrisa, le pregunta si viajan juntos.

Sofía se vuelve para mirar a la otra persona, que por lo visto resulta compartir con ella nacionalidad; y le aclara al recepcionista —algo incómoda, por otra parte, y deseosa de subir a su habitación—, que se trata solo de una casualidad. Ella viaja sola.

El empleado se disculpa profusamente, turbante arriba y turbante abajo; y le devuelve por fin sus papeles y su pasaporte.

—Gracias y bienvenida, señora Carrai. Ahora le subiremos su equipaje, no se preocupe —le explica, con su inmutable sonrisa.

Ella no le oye: ya ha cogido su maleta, ya tiene un pie en el ascensor... Y, en cuanto se cierran las puertas metálicas y se quede sola dentro, piensa mandar los zapatos a hacer gárgaras.

Al llegar a su piso camina ya descalza por el pasillo, sintiendo el frescor del mármol bajo los pies como si fuera una bendición celestial. En los laterales, abiertos al exterior sin pared alguna, asoman las gigantescas hojas de plantas desconocidas que protegen las galerías del calor inhumano, del fragor de la ciudad y de las miradas indiscretas.

Nada más entrar en la habitación, lanza la maleta donde caiga y se arranca la ropa del cuerpo. La blusa está empapada, el sujetador se le ha incrustado en la piel y las medias (magnífica idea, ponerse medias en pleno Ecuador) tiene que despegárselas poco a poco de los muslos, como un reptil que trabajosamente de su piel se liberara. Una vez que está desnuda y la carne respira libre al fin, Sofia se detiene de pronto en mitad de la habitación y abre las aletas de la nariz, espantada: su ropa interior, ya abandonada sobre el suelo, huele a ella misma de un modo que ni siquiera conocía.

A pesar de todo, no va a ducharse. No tiene fuerzas.

Solo se abandona sobre la cama, dejándose caer desnuda entre las sábanas, crujientes de puro almidón. Después cierra ojos y oídos al mundo circundante.

En el último año ha dormido en doce camas diferentes. Doce ciudades distintas que, como de costumbre, nunca llega a conocer del todo. No le da tiempo. Su recuerdo de Liverpool, por ejemplo, se limita a luces de coches proyectadas en incansable movimiento contra la pared de la habitación. París es salsa holandesa y conserjes engominados. Tesalónica son ga-

tos vagabundos que se sacan los ojos en patios traseros, maullando toda la noche para no dejarte dormir más de dos minutos seguidos. Del Greenwich Village solo recuerda risas de madrugada y músicos callejeros, que tampoco la dejaron pegar ojo, hasta que acabó dando palmas ella también y lanzándoles monedas por la ventana. La lista es infinita. Por lo demás, los hoteles nunca difieren mucho entre sí. Da igual que las sábanas estén impecables o parduzcas, todas han sido ocupadas por mil cuerpos. También resulta indiferente que en la habitación haya despertadores digitales o clepsidras de arena. A fin de cuentas, todos los relojes de hotel del mundo están ahí para desempeñar una única función: medir puntualmente la acumulación de esa tristeza sucia e invencible que se siente al despertar a solas, con la noche a medio tragar, en una ciudad desconocida.

Sofía acaba durmiendo varias horas, sin sentirlo ni quererlo, desnuda sobre la cama gigantesca de una habitación del Hotel Raffles.

Cuando despierta, ya está oscuro el cielo en el balcón. El calor persiste: es un ente vivo al que no consigue aplacar ni siquiera la oscuridad. Son las tres de la mañana del 6 de enero.

Esta vez, el reloj es un carillón.

Lenguas y puñales

«A diferencia de lo que ocurre con otras armas tradicionales de Asia, como la catana japonesa —destinada únicamente a la mano del guerrero samurái—, el *kris* es un cuchillo para todos los hombres; o, mejor dicho, el cuchillo de cada hombre. No existe pescador, príncipe o pirata del Archipiélago que haya abandonado jamás su casa sin asegurarse primero de que lleva su *kris* consigo, bien prieto contra la cadera.

No es solo un arma, instrumento o complemento: es una parte del cuerpo. El cuchillo es una prolongación de su dueño; y, si es necesario, puede sustituirle. Cuando al hombre no le es posible estar presente, el *kris* realiza todas sus funciones. Su presencia equivale a la de su propietario, y tiene valor legal en ceremonias como un pacto o una boda. No son pocas las mujeres que, durante siglos, han desposado cuchillos —envainados y engalanados para la ocasión— que ocupaban el lugar de un hombre. El novio ausente, ya marido, era un desconocido para ellas en algunas ocasiones; y, en casi todas, había sido retenido por los lances del mar o de la guerra».

El orador prosigue, ajustándose las gafas y blandiendo entusiasmado el mando que controla el flujo de diapositivas. La suya es la primera ponencia de la mañana, que será intensa. Un gran número de expertos, estudiantes y aficionados de todo el

mundo han acudido al congreso «Cuchillos y otras armas rituales del Pacífico» que se celebra en Singapur. Este año la atención se centrará en los filos del *kris* malayo, el *kerambit* filipino y el *badik* de los piratas *bugis*. La región protagonista es el archipiélago malayo, un área geográfica dividida políticamente hoy en día entre Malasia, Indonesia, Filipinas, Singapur, Brunéi y Timor. Más allá de la política, sin embargo, es mucho lo que comparten las islas que componen el Archipiélago. Para empezar, la pasión por los cuchillos.

Mientras habla sobre el *kris*, el orador nota, algo preocupado, que el público de la primera fila parece inquieto. Alza la vista: vaya, no son solo ellos, se trata de toda la sala. A pesar de todo decide no interrumpir su discurso, achacando las caras de desconcierto al efecto que su interesantísima explicación provoca —como es natural— en cualquiera que le esté escuchando. Estupendo: no lleva ni dos minutos hablando, y ya tiene a los oyentes subyugados... ¡Se los ha metido en el bolsillo a la primera! Nada que ver con sus estudiantes de la facultad en España, a los que no parece importar un bledo su asignatura, un módulo de pocos créditos y horario desafortunado. Aquí las cosas son diferentes: por fin, alguien se queda patidifuso al oír su brillante discurso.

Bueno; oír, lo que se dice oír, sí que lo están oyendo. El problema es que no entienden ni una palabra: es por eso que miran confusos a su alrededor. O más bien hacia atrás, al fondo de la sala, donde se encuentra la cabina del intérprete.

Está vacía.

Tras unos minutos oyendo la charla en un incomprendible idioma extranjero, los asistentes se han dado cuenta de que, si no les llega la traducción, no es a causa de ningún retraso técnico.

¿Pero dónde demonios está la traductora? Algunos empleados pululan nerviosos por la sala, mientras el público espera

con estoica paciencia. Uno de los organizadores confirma que la intérprete registró ayer su llegada al aeropuerto de la isla. Él mismo recibió su llamada. No se explica por qué esta mañana no se ha presentado.

Mientras el público aguarda a que se resuelva el problema, el orador ordena y reordena sus papeles, se quita las gafas, sonríe sin saber qué hacer. Sin el idioma, se ha quedado mudo para las cien personas que tiene delante.

No pasa nada: la organización soluciona de inmediato el pequeño contratiempo buscando apresuradamente entre el resto de los intérpretes que trabajan ese día a alguno que tenga nociones de español. La intérprete filipina, a la que en realidad han contratado para traducir otro idioma, se niega en redondo. Pero se la obliga igualmente.

Sus lagunas lingüísticas y su falta de preparación sobre esa charla en concreto la fuerzan a improvisar, con mucho arte y mucho oficio, una traducción bastante «creativa» de partes enteras del discurso en español, cuyos matices es consciente de no entender por completo. A pesar de sus esfuerzos, en su traducción el *kris* de la explicación original se acaba convirtiendo, por arte de magia, en un *kalis*, un arma ligeramente diferente y asociada a otro grupo étnico. Además, como la espada de la traducción es más grande y tiene un filo diferente a la del original, el discurso del orador pierde todo sentido para los asistentes. En otras palabras —y nunca mejor dicho—, aquello es un despropósito, una pura incoherencia. Pese a todo, como el inglés que recibe el público a través de los auriculares es impecable, nada permite desconfiar del traductor: es seguramente el orador el que está diciendo tonterías. Claro, si es que cómo van a saber nada del tema en un país tan lejano y exótico como España... Lo que tiene aquel investigador es un cacao mental que no hay por dónde coger-

lo. Al final de su ponencia, el público no le abuchea de puro milagro.

Los organizadores del congreso, por su parte, en lugar de percatarse de que los intérpretes no pueden reponerse como recambios automovilísticos y de que los idiomas no son simples hileras de palabras, se muerden los puños al fondo de la sala preguntándose cómo han podido aceptar la ponencia de un orador tan poco preparado como aquel.

Nadie se preocupa por saber qué ha sido de Sofia Carrai, la intérprete que debía lanzar dagas y puñales milenarios de un idioma a otro, y en la que nadie habría reparado si no hubiese sido porque no se encontraba en su puesto.

Afortunadamente, no le ha ocurrido nada malo. Se encuentra todavía a la entrada del centro de convenciones donde se celebra el congreso, un modernísimo edificio acristalado que parece diseñado por un esquizofrénico armado de escuadra y cartabón. En el control de seguridad ha surgido un problema y siguen sin permitirle el acceso. A primera hora, viendo que el congreso estaba a punto de comenzar y que no la dejaban entrar, Sofia había llamado a uno de los organizadores, desesperada, para que alguien saliese a confirmar su identidad. Nadie respondió: todos habían silenciado ya sus móviles porque la charla había comenzado. Sin su voz.

El guardia de seguridad de la entrada no atiende a razones: tiene instrucciones muy claras de no permitir el acceso a ninguna persona que no se identifique debidamente. Y la mujer no tiene pasaporte. Peor aún: sí tiene uno, pero en él aparece un nombre que no se corresponde con ninguno de los de la lista. Por si fuera poco, la foto del pasaporte es la de un hombre.

—Le digo que es un error... Este pasaporte no es mío.

—Eso ya lo veo. Usted no lleva bigote.

—No sé qué ha ocurrido; me acabo de dar cuenta ahora. Estoy tan sorprendida como usted... Pero puedo enseñarle otros documentos: mire, aquí está mi carnet de identidad. Aquí puede usted ver mi nombre y comprobar que está en la lista.

El guardia examina el documento plastificado, una tarjeta desconocida que tiene para él la misma validez que el carnet de la piscina. No. Las cosas no funcionan así. Él ha recibido órdenes precisas al respecto.

—Acompáñeme, por favor.

—¿A dónde? ¿Por qué? No puedo... Por lo que más quiera, déjeme entrar: soy la intérprete, ya se lo he dicho... ¡El congreso va a comenzar y la cabina está vacía! ¡Voy a perder mi trabajo!

Haciendo oídos sordos y arrastrándola por un brazo, el guardia la obliga a abandonar el edificio. Ella se zafa de un empujón y vuelve en dirección a la entrada, corriendo hacia una puerta que, dios lo quiera, quizá dé paso al auditorio... Pero, como era de esperar, otro guardia la detiene.

Ya en comisaría, debe explicarlo todo otra vez.

—Le estoy diciendo la verdad, ese pasaporte no es mío. No estaba intentando hacerme pasar por otra persona, yo solo...

—Y entonces, ¿por qué lo tiene usted? ¿De dónde lo ha sacado? ¿Lo ha robado?

—¿Que si lo he robado? Pero qué dice...

—Pues usted dirá.

—Seguramente se trata de un error. Mire, yo me alojo en el Hotel Raffles, puede comprobarlo. Ayer saqué el pasaporte para presentarlo en recepción, esa es la última vez que recuerdo haberlo tenido en la mano. En la cola había mucha gente. Es posible que, al devolvérmelo, el empleado se confundiera y me diera el de otra persona.

—Ya. Y usted no se ha percatado hasta ahora.

—No.

—Los pasaportes de cada país son diferentes, señora. ¿Cómo no se dio cuenta, aunque no lo abriera, de que no era el suyo?

—Bueno, el pasaporte es español. Por fuera son iguales.

—Qué casualidad: otra persona de un país así, tan raro, que resulta alojarse en el mismo hotel y que coincide con usted en la recepción... Todo casualidades. Me parece muy bien, pero usted no se marcha de aquí hasta que no se aclare todo esto. El robo de pasaportes es una cosa muy seria.

Ella le mira, consternada. ¿Y ahora qué?

Su teléfono empieza a sonar: por fin, al mediodía alguien la echa de menos. Es el orador, al que, según su contrato, debe asistir durante todas las jornadas. La ha llamado porque quiere ir a comer, pero no se entera de nada.

—Escuche: por favor, avise a uno de los organizadores del congreso. Ha surgido un problema y me han detenido —le explica Sofía.

—¿Qué? ¿Entonces cuándo va a volver? Yo aquí no me aclaro. Me dijeron que no me preocupase, que usted me acompañaría todo el tiempo, que me traduciría todo... Menudo desastre. Pienso presentar una queja.

—Haga lo que parezca; pero, por favor, ahora ayúdeme. Alguien tiene que venir a buscarme, confirmar mi identidad y sacarme de este lío.

—Muy bien. Pero primero dígame que significa *hawker food* y así vamos quitándonos problemas. Que llevo dos horas dando vueltas y no he sido capaz de encontrar un sitio decente para comer... Mis tripas arman más jaleo que los chinos estos, carajo.

—Significa «comida callejera». Se refiere a lo que venden en esa especie de comedores públicos al aire libre que hay por to-

dos sitios aquí en Singapur. Fideos fritos, sopas picantes, curris de coco con cabezas de pescado... Todo eso. Y ahora, por favor, busque a alguien de la organización. No hago más que llamar, pero deben de tener el teléfono todavía en silencio.

—¿Comida callejera? ¿Está segura? Mire que en Google no pone eso. Google dice que *hawker* es algo de halcón. Yo nunca he comido halcón. A ver si me sienta mal, me da una diarrea y no puedo asistir a la mesa redonda de esta tarde.

»¿Qué dice, qué? ¡Repita eso! No puedo creerlo. Pienso quejarme a la organización, voy a... ¡Ordinaria!

Al ver que ella cuelga y lanza bruscamente el teléfono contra la mesa, el policía la mira muy sorprendido. Quizás es mejor esposarla: parece peligrosa. Con estos occidentales nunca se sabe.

Una hora después, alguien de la organización se presenta por fin en la comisaría preguntando por ella. Bueno, al menos la discusión con aquel cretino del orador había servido de algo: el tipo debía de haberse quejado. Así, alguien se había enterado de dónde estaba pasando la interprete su jornada laboral y habían ido a buscarla.

La persona que va a recogerla es una empleada de la Universidad, que gracias a dios confirma su identidad y su relación con el edificio donde la habían detenido. La mujer se dirige al policía en mandarín y le enseña algunos documentos que ha traído consigo: la lista de intérpretes del congreso, la fotocopia de los permisos, todo. Menos mal. Nada aplaca mejor las ansias de un funcionario público que un buen fajo de papelorios multi-firmados y profusamente sellados. La magia del impreso oficial empieza, poco a poco, a surtir efecto. Después de realizar alguna llamada más y de obligarlas a rellenar un nuevo formulario, el policía se queda convencido de la verdadera identidad y de la inocencia de tal Sofía Carrai (al menos, respecto

al robo del pasaporte; sobre otras cosas, cualquiera sabe) y la deja marchar al fin.

La empleada la acompaña de vuelta al congreso y se disculpa por lo ocurrido. Según explica, la seguridad es una prioridad absoluta en el país, lo que en ocasiones puede llegar a «hacer complicado lo sencillo». Sofía asiente, comprensiva, aunque no la escucha. Está demasiado ocupada decidiendo si es alivio o arrepentimiento lo que siente al salir de la comisaría. Por supuesto, se alegra de haber escapado de aquel lío, pero no puede evitar sentir la tentación de volver corriendo dentro... Al frescor del aire acondicionado. Y es que nada más poner el pie en la calle, el calor, con su brutalidad habitual, le recuerda que en este país salir es más bien entrar: entrar en un asfixiante invernadero, en la sala de máquinas de un carguero, en el interior de un coche aparcado al sol.

Cuando reanuda su trabajo en el congreso no está muy concentrada que digamos, pero intenta sobreponerse y dar lo mejor de sí. Formula y reformula como si no hubiera un mañana, y se marca un triple mortal traduciendo hasta dos juegos de palabras y un chistecito cultural. A pesar de todo, nadie se da cuenta; y, como de costumbre, algún que otro asistente le pide agua, confundiéndola con una azafata. No le importa, ya está acostumbrada. Eso sí, durante la mesa redonda se toma su pequeña revancha contra el profesor: en el debate ella opta por no traducir un par de bromas que él hace, de modo que, como toda reacción a sus comentarios supuestamente ingeniosos, se encuentra con una docena de caras impasibles que cortan el hipo al más pintado.

En cuanto termina la última charla del día, el profesor acude a la cabina con furiosas zancadas, dispuesto a encararse por fin en persona con aquella impresentable que, no contenta con hacer esperar a toda la sala en su charla de por la mañana, ha

llegado a abandonarle a su suerte en un país de salvajes que comen halcones.

Sofía le ve golpear bruscamente el cristal de la cabina con los nudillos. Cuando ella sale por fin de su pecera, el profesor se queda muy sorprendido.

—¿Es usted la intérprete? La que me ha... ¿La que me ha dicho esas cosas antes por teléfono?

—La misma. La que lleva meses preparando su ponencia sobre los cuchillos, empollándose la terminología, devanándose los sesos para averiguar cómo traducir mejor sus palabras y para traducirle las de otros a usted. Sí, soy yo. La que antes le ha pedido ayuda desde una comisaría, justo esa. Y ahora, si me permite... Mi jornada laboral ha terminado —sentencia, avanzando ya entre los asientos vacíos.

El profesor, un hombrecillo bajito y gafudo, se la queda mirando. En su cabeza, los traductores son una especie de entidad invisible y de algún modo asexual. No sabía él que pudieran llevar el pelo por la cintura, pasearse por ahí con unos andares tan peligrosos y... sacarle casi una cabeza entera. Aunque solo fuera por esto último, mejor no cabrearla más.

—Vaya... Me la había imaginado de otra manera.

—Pues muy bien. ¿Se aparta, o qué?

—Bueno, yo... La verdad es que, como al final no he comido, pues... Y para desagraviarla, ya que no hemos empezado con muy buen pie que digamos... A lo mejor no es mala idea que nos vayamos a cenar usted y yo por ahí. ¿Qué me dice? Invito yo, por supuesto.

—Ya. ¿Qué quiere, que le traduzca la carta?

—No estaría mal tampoco.

—Mire, si tiene dudas, pregunte al oráculo... Google tiene todas las respuestas. Hasta mañana.

Sofía sale con paso rápido de la sala, deseosa de alejarse de allí y de verse por fin de nuevo sola, desnuda y dormida en la cama de su hotel.

Sin embargo, eso no va a poder ser.

En el Raffles, en vez del ansiado sosiego de la alcoba en penumbra, le espera un panorama muy diferente.